

Deshacerse de la élite podría revitalizar los negocios franceses

Por: Matthew Lynn, Director ejecutivo de Strategy Economics

elEconomista, 10 de mayo de 2019

Puede que no importe mucho para los chalecos amarillos que todavía protestan airadamente en toda Francia la mayoría de los fines de semana. Y probablemente tampoco supondrá una gran diferencia para la gran mayoría de la población que realiza trabajos bastante ordinarios. Sin embargo, podría marcar una diferencia para la gente que se encuentra en la cima de la élite empresarial francesa, y para cualquiera que esté pensando en invertir en el mercado de valores del país.

La abolición de la élite de la ENA, como propone ahora el presidente Emmanuel Macron, podría ser el detonante para revitalizar la moribunda cultura corporativa de Francia. Después de meses de protestas y un largo debate nacional, Macron presentó este mes una serie de reformas predeciblemente tibias. Algunos ajustes en los impuestos y las pensiones y algunos cambios menores en el sector público.

Sin embargo, hubo una reforma realmente llamativa. La abolición de la Ecole Nationale d'Administration, la escuela de élite que domina la vida francesa. Los británicos pueden pensar que Oxbridge es una élite, y los estadounidenses que Harvard y Yale, pero son "composiciones estándar de pantano", por usar la frase de Alastair Campbell, comparadas con la ENA. La escuela con sede en Estrasburgo tiene apenas 80 graduados al año, en comparación con los 6.000 de Oxford y Cambridge, y con un número similar de Harvard y Yale. Es un número extraordinariamente pequeño. Y sin embargo, los enarques, como se les conoce, pasan a dominar las instituciones del país. El propio Macron se graduó en ENA, al igual que cuatro de los ocho presidentes de la Quinta República, así como su primer ministro Edouard Philippe, junto con otros ocho primeros ministros durante el mismo período, su ministro de Finanzas Bruno La Marie, y prácticamente todos los altos funcionarios.

Queda por ver si su abolición acaba marcando una diferencia importante en la política y el Gobierno franceses. Para el resto del mundo, será el impacto en las empresas lo que resulte más significativo. Los enarques son tan dominantes en el mundo corporativo como lo son en cualquier otra parte. De las 100 primeras empresas francesas, el 40 por ciento de los directores se han graduado en esa escuela. De los hombres (casi siempre hombres, ya que menos de un tercio de los graduados son mujeres) que dirigen empresas francesas, un número extraordinario son graduados de la ENA.

¿Quiénes? Michel Pebereau, presidente de BNP Paribas. Frederic Oudea, director general de la Société Générale. Stéphane Richard, presidente y director ejecutivo de Orange. Pierre-Andre de Chalendar, presidente y director general de St Gobain. La lista sigue y sigue. Es como si miraras la lista de directores ejecutivos de FTSE y descubrieras que la mayoría de ellos no solo habían estado en Oxford, sino que habían estado en una sola clase.

Por supuesto, no hay nada de malo en tener gente realmente inteligente al frente de las empresas; de hecho, es todo lo contrario. El problema es que se trata de un grupo de talentos muy reducido al que recurrir. ¿El resultado? Una cultura empresarial estrecha y cerrada que, aunque a veces es brillante en la gestión diaria, también es muy conservadora y demasiado resistente a las nuevas ideas. Y un conjunto de líderes que, si bien pueden ser inteligentes, solo tienen una experiencia superficial de las industrias en las que operan. El ejecutivo pasa al sector privado, de nuevo a la administración pública y luego a la presidencia. Eso, simplemente, no sucede en ningún otro país del mundo. Pero en Francia es una rutina.

Los resultados no han sido espectaculares. Basta con echar un vistazo al Cac-40, el índice de referencia de las mayores empresas francesas. Con la posible excepción del Dax de Alemania, es el índice más moribundo del mundo. Incluso un recién llegado como el operador de centros comerciales Unibail-Rodamco-Westfield data de 2007, y se formó a partir de una serie de fusiones de empresas existentes (que es el tipo de cosas en las que la conexión de enarques es buena). Hay muy pocas empresas realmente nuevas y emprendedoras, y las que hay, como el grupo mundial de hoteles Accor, por ejemplo, se remontan a los años sesenta.

Muchos de sus miembros, como el gigante de los seguros Axa, se remontan a la época napoleónica. Es cierto que la continuidad no tiene nada de malo. Algunas de las mejores empresas del mundo tienen una larga historia. No hay nada malo en que los directores generales tengan muchas conexiones y experiencia con el Gobierno. Pero una cultura empresarial dinámica también necesita inyecciones constantes de sangre fresca. Tiene que estar abierto a los forasteros y, sobre todo, tiene que tener suficiente espacio para que las nuevas empresas se estrellen contra la élite. Francia cuenta con un gran número de grandes empresas, muchas de las cuales siguen siendo relativamente exitosas en sus propias industrias. Pero ninguna de ellas está haciendo nada muy innovador, y no hay nuevos negocios significativos que lleguen.

No tiene que ser así. Francia, a pesar de su imagen, siempre ha sido un país emprendedor (si no está convencido de ello, puede que quiera comprobar los orígenes de la palabra). Pero en las últimas tres décadas ha perdido esa facultad. Puede haber muchas razones para ello, desde impuestos aplastantemente altos que hacen que las empresas de nueva creación tengan su sede en Londres o California en lugar de París y Lyon, hasta leyes laborales que castigan a muchas empresas jóvenes que prefieren no crecer por encima de los treinta o cuarenta empleados por temor a quedar atrapadas en la burocracia. Pero en parte se debe a que está dominada por una élite muy estrecha que es cerrada, poco imaginativa y más interesada en preservar su propio estatus que en expandirse.

Macron no ha avanzado mucho con sus reformas hasta ahora. Y Francia aún tiene mucho más que hacer para crear una cultura favorable a las empresas y a la creación de empresas. Pero la abolición de la ENA será un paso en la dirección correcta y podría revitalizar el negocio francés. Podrían pasar diez o quizás veinte años hasta notar una diferencia, pero podría convertir el Cac-40 en una inversión emocionante otra vez.